

Considero que una de las cuestiones de moda en la filosofía y en la ciencia histórica es su cuaje a partir de simples nociones generales sin profundizar en los contextos sociopolíticos y económicos que dieron lugar al desarrollo de los hechos, tergiversaciones a partir de posiciones ideologizantes, abjurar de la historia como ciencia social o hacer análisis pretensamente eruditos, que no ocultan su júbilo a cuenta del fin de la Unión Soviética y el campo socialista. Como resultado se han creado obras ultrapolémicas, de un positivismo acrítico o posmodernas, que terminan afirmando nada menos que ha llegado el fin de la historia o que las civilizaciones (culturas) están llamadas a chocar cataclísmicamente. Según el engendro de Fukuyama, con el triunfo de las democracias liberales y de la economía de mercado ha terminado el espacio para avanzar. Este es el punto final de la evolución de la humanidad y todo marchará en un mundo fijo de felicidad y satisfacción. En una aparente acera de enfrente se sitúa Huntington quien catapultándonos montañas de datos y cifras pretende parecer la otra cara de la moneda, y a partir de la decadencia de occidente y el resurgimiento de las culturas no occidentales trata de convencernos de que la línea de fractura entre ambas será tachonada de conflictos bélicos. En ambos casos las tesis empleadas parecen haber sido escuchadas antes; Huntington como resultado de un abundante ajiaco formado a partir de Spencer, Sorokin, Toynbee y otros tantos. Fukuyama por haber encontrado más de un siglo después la verdad absoluta de Hegel. El alemán en el Estado prusino, aquel asiático o descendiente de asiáticos en el capitalismo occidental. Algo así como si hubiera bastado que alguien dijera que la ley de la gravedad había cesado de funcionar., para que todos los objetos comenzaran a danzar ante nuestros ojos. Si Newton se hubiera reído de tamaña afirmación, Carlos Marx hubiera soltado una sonora carcajada ante la renombrada tesis del japonés-estadounidense. Pero mejor, todo lo que ha quedado de ella al cabo de pocos años, es que la historia está más viva que nunca, sobre todo en nuestra América, porque como alguien dijo, llegó el fin del fin de la historia. Desde luego, a la ciencia histórica le hace falta un buen repaso para una actualización: por ejemplo, la incorporación de nuevas fuentes, la búsqueda de nuevas áreas de investigación y el crecimiento a los lados en busca de la frontera de otras ciencias sociales, sin fundirse con ellas o incluso la asunción de técnicas literarias. Esto enriquecerá la historiografía. No hablo por supuesto de modificar objetivos. Cada quien con los suyos.

Una de las cuestiones un tanto de moda en la filosofía y en la ciencia histórica es el problema del determinismo y el indeterminismo. Para darle la razón a este último y, junto con tal definición ir en busca del escepticismo. Parece muy a tono con la destrucción de la Unión Soviética y la caída del campo socialista. En cuanto a mi, confieso que la caída del muro de Berlín, no me hizo salir corriendo en busca de otras ideas. Por el contrario, me afianzó la certidumbre de la filosofía marxista que aprendí de Fidel Castro. Pero vayamos por partes.

Según Johan Huizinga el historiador tiene que situarse constantemente en un punto del pasado, en que los factores conocidos parezcan permitir resultados diversos. Si escribe sobre Salamina, tiene que hacerlo como si fuera aún posible una victoria persa; si escribe del golpe de Estado del 18 de Brumario debe ser incierto que Bonaparte vaya a ser ignominiosamente rechazado.

Estoy totalmente de acuerdo con este, llamémosle, indeterminismo expositivo que hace que el historiador no parezca un dios omnisciente y omnipresente, que todo lo conocía por adelantado. Desde luego, llegara el momento, un punto preciso en que terminen los hechos reales, si no quiere hacer obra de ficción. Ya entonces los persas serán derrotados en Salamina y Napoleón será rechazado por los consejos de Ancianos y de los Quinientos. Pero si bien es posible que puedan unos hechos haber sucedido y otros no, el pasaje histórico nunca puede haber acontecido de forma radicalmente contraria a aquellas circunstancias bajo las cuales se encuentran directamente sus protagonistas, y les ha legado el pasado: como dijo Marx los hombres hacen su historia, pero no a su libre arbitrio.<sup>1</sup>

De esa manera, mi punto de vista es marxista y cuando expongo mi narración histórica voy colocando los hechos en el orden sucesivo en que ocurrieron sin apurarme a dar resultados predeterminados: la realidad es marxista, tal como lo es también la verdad, y ella se bastará para mostrarnos con un poco que la purguemos las circunstancias que le dieron lugar. Los pasajes contrafactuales no son historia, la historia es lo que realmente ocurrió y por qué ocurrió, no lo que no ocurrió y pudo haber ocurrido. Cuando en todo caso valoramos lo que no sucedió, nos afincamos en lo que sucedió realmente y, por tanto, no estaremos especulando. Por ejemplo, si razonamos qué hubiera sucedido si Vicente García no se hubiera sublevado en Lagunas de Varona, pudiéramos concluir como máximo que las tropas mambisas pudieran haberse unido a las fuerzas del general Gómez. Ahora qué hubiera sucedido en lo adelante: si construimos una

realidad a partir de que Gómez hubiera podido desarrollar entonces su ofensiva sobre occidente, etcétera, etcétera, ya esto sería especulativo.

En mi obra *Cuba; la forja de una nación*, desarrollo estos criterios y partí prácticamente del método que Marx expresa en *El Capital*, investigando desde el siglo XX hacia atrás, al XIX y al XVIII, pero la exposición la hice como es lógico en orden inverso; es decir, de los siglos precedentes hacia adelante.

A todas estas, si bien acepto la posibilidad de que la voluntad de los hombres pueda cambiar ciertamente no pocos de los sucesos acontecidos, o mejor, por acontecer, creo que esta posibilidad tiene límites. El hombre puede torcer en buena medida sus circunstancias, pero no al extremo, por ejemplo, hacer retroceder la historia a la edad media o hacerla avanzar de golpe en varios siglos.

Dice Nial Ferguson, profesor de historia de Oxford, que hay tres escuelas de pensamiento histórico, la religiosa para quien la causa final es la intervención divina, la idealista para la cual la historia es la transformación del pensamiento pasado mediante una estructura inteligible, y teleológica muchas veces, gracias a la imaginación del historiador, y la materialista que considera la historia inteligible en términos análogos o derivados de las ciencias naturales; es decir, como si estuviese regida por leyes naturales. Para las tres, dice, resulta inadmisibles aceptar la pregunta "¿y si?".<sup>2</sup> Mas, corrijamos este punto de vista de alguien de quien no sabemos a cuál corriente se afilia, pues acepta de plano el "¿y si?": las dos primeras escuelas son solo una, y la tercera que postula es una vez más la del materialismo mecanicista no la del marxismo creador y dinámico.

Estuve no hace mucho en dos conferencias de filósofos españoles, uno de ellos el conocido Javier Escotado, que nos visitaron y se encaprichaban en afirmar que la filosofía marxista aseguraba que todo se movía por los carriles de la economía. Es cierto que Engels afirmó que Marx fue "el primero que descubrió la gran ley que rige la marcha de la historia, la ley según la cual todas las luchas históricas, ya se desarrollen en el terreno político, en el religioso, el filosófico o en otro terreno ideológico cualquiera, no son, en realidad, más que la expresión más o menos clara de luchas entre clases sociales, y que la existencia, y por tanto también los choques

de estas clases, están condicionados, a su vez, por el grado de desarrollo de su situación económica, por el carácter y el modo de su producción y de su cambio, condicionado por ésta".<sup>3</sup> Mas, recuérdese que Marx precisó más ampliamente que eran "las circunstancias (...) legadas por el pasado" y "[l]a tradición de todas las generaciones muertas" la que oprimía "como una pesadilla el cerebro de los vivos". Véase que Marx no habla de economía, como el eje del movimiento humano y social. Todavía más, Engels, en su famosa carta a Joseph Bloch, de septiembre de 1890, señala: "Según la concepción materialista de la historia, el factor que en *última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ellas se levanta -las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas- ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma".<sup>4</sup>

De esta manera, queda más que claro que la filosofía marxista no cabe ni en el determinismo ni en el indeterminismo y sí, en ambos a la vez, y también que sus juicios históricos tienden a establecerse concretamente. Es posible que algunos episodios, hubiesen ocurrido de manera diferente de acuerdo a los protagonistas y sus circunstancias. Por tanto, cabe aquella frase tantas veces citada, de Ortega y Gasset, "yo soy yo y mis circunstancias". Es decir, en ciertas condiciones cabe la pregunta "¿y si?", en otras no, sobre todo cuando pretende ir más allá de lo plausible e históricamente valedero. Nunca olvidemos que al plantear esta tesis, si vamos al relato contrafactual no estaremos haciendo historia sino especulando.

Es, por tanto, ajustado a la filosofía marxista argumentar que, en el caso cubano del siglo XIX, a la formación histórico-social del momento corresponden sus clases propias. Entonces no fue la lucha de esclavos y burgueses esclavistas la que movió la historia. En primer lugar permítaseme afirmar, como lo hice en mi obra citada, que no creo haya una burguesía esclavista, sino en todo caso la que llamo allí clase de los hacendados y propietarios esclavistas. Resulta un tanto difícil

calificar de burguesa a esta clase, cuando su capital y las relaciones de producción se han formado sobre la base del trabajo esclavo y no del asalariado. Partimos en nuestro punto de vista de la definición de Lenin sobre las clases sociales: "Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran respecto a los medios de producción (relaciones que en su mayor parte las leyes refrendan y formalizan) por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo, y consiguientemente, por el modo de percibir y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disfrutan. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse del trabajo de otro por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social".<sup>5</sup> Creemos que en Cuba y donde quiera que, después de la llegada de Colón a América, se estableció el régimen de producción esclavista y a la escala en que se promovió, aun en medio del contexto jurídico semifeudal que regía y de las relaciones de producción capitalistas dominantes en el ámbito internacional, sus peculiaridades hacen preferible tratar esa clase, dado su carácter determinado, en correspondencia con la manera en que esencialmente producían. No es dable emplear un concepto diferente a partir de con qué producía, ni qué producía, ni para quién producía, ni siquiera lo que pensaban de sí misma. El esclavo se volvía parte del capital fijo. Esto parece lo fundamental. Tampoco ninguna tecnología o producción podía variar esa situación. El propio Marx dijo que el *modo de producción capitalista* que se formó en las plantaciones de América era formal. Y como la lucha por la independencia no se llevó a cabo mediante la lucha de burgueses y proletarios, pues se trataba de una guerra anticolonial, debe considerarse que la liberación, durante la guerra de los Diez Años, en el caso cubano, la encabezó un sector de la clase de los hacendados y propietarios rurales esclavistas, de Oriente y Camagüey, liberado primero que todo de su propio fardo esclavista, y fue este sector el que puso en marcha la historia al lanzarse contra la monarquía española y sus acólitos, los grupos de poder de la península, los hacendados esclavistas peninsulares y los tenderos de la isla, fundamentalmente de occidente. Si el 10 de octubre Céspedes no se hubiera levantado podrían haber ido a prisión muchos de los integrantes de ese segmento, convertido en revolucionario, con el resultado posible de la dilatación por años de la lucha.

Llegado el caso del 95, fueron integrantes de las clases medias, artesanos, medianos propietarios rurales, campesinos pobres y trabajadores del campo, dirigidos por revolucionarios radicales y pequeños burgueses urbanos y sus intelectuales, quienes marcharon esta vez a batirse contra la

monarquía española, la burguesía de la península y la fortalecida clase de los peninsulares burgueses antiguos usureros, propietarios de ingenios, a los que acompañaron en silencio obsequioso la mayoría inmensa de los hacendados criollos sobrevivientes de la hecatombe de las guerras precedentes. Por igual, no me caben dudas de que sin Martí hubiera habido guerra de independencia hacia finales del siglo XIX o principios del XX. Ya los autonomistas no podían parar el proceso de lucha anticolonial, devenido de la Gran Guerra. La nación forjada necesitaba darle espacio al Estado nacional, y la España de los grupos de poder dominante no estaba dispuesta a ceder un ápice de su dominación ni siquiera a los autonomistas para salvar la colonia.

Como se ve y aunque marxistas ingleses, como Edward H. Carr, rechacen la tesis contrafactual, que en el caso del levantamiento o no de Céspedes presento, o el inicio o no de la Guerra del 95, y califique ese análisis como un simple "juego de salón", no me parece que sea una especulación. Desde luego, estoy hablando de una hipótesis con resultados inmediatos, y no de una causa compleja de desarrollo ulterior poco plausible o múltiples variantes de desarrollo. Me negaría a especular en el largo tiempo y decir que estoy haciendo historia.

Un ejemplo: me parece que sin echar a un lado el punto de vista que sostengo, no serían criticables los criterios del inglés G. M. Travelyan, quien se interrogó sobre la posibilidad de que Napoleón hubiese triunfado en Waterloo, pero sí por reduccionista la bromista tesis de Bertrand Russell de que la industrialización se debía a la ciencia moderna, la ciencia moderna a Galileo, Galileo a Copérnico, Copérnico al Renacimiento, el Renacimiento a la caída de Constantinopla, la caída de Constantinopla a la emigración de los turcos, la emigración de los turcos a la desecación del Asia Central. Por lo cual, el estudio fundamental de las causas históricas es la hidrografía.<sup>6</sup> En el primer caso es solo un hecho que poco hubiese cambiado la historia, porque Napoleón más tarde o más temprano hubiera sido derrotado; en el segundo, la revolución industrial, dada su envergadura causal no puede tratarse tan a la ligera pues se trata de un hecho compuesto por un conjunto complejo de acontecimientos y causas que tiene que ver con el desarrollo de la sociedad capitalista. En un caso, como establecen los defensores de las teorías contrafactualistas, las leyes de la probabilidad son aplicables y en el otro no. Por cierto, al fin y al cabo estos defensores del caos, la incertidumbre y el escepticismo, terminan apoyándose en leyes generales.

Ahora echemos una ojeada al desarrollo de la historiografía. Polibio fundamentó su historia en la

idea de que las vicisitudes de la Fortuna tenían una finalidad y la idea de la divina providencia. Para Tácito el azar dictaba los acontecimientos, pero los hechos tenían su lógica y su causa subyacente. Eusebio -no me refiero a Leal- incluía a los procristianos en los favorecidos por Dios y los anticristianos en los condenados.

Según San Agustín Dios era omnisciente y omnipresente, pero otorgaba a todos los hombres el don del libre albedrío. Bossuet aceptaba esta misma hábil combinación. Para Maquiavelo la Fortuna era el árbitro último del destino individual. Para Juan Bautista Vico la historia es cíclica y el libre arbitrio es morada de todas las virtudes, pero el hombre por cuenta de su naturaleza corrupta está sometido a la tiranía del amor propio y la Providencia mantiene el orden para practicar la justicia.

Para gran parte de la Ilustración la Naturaleza y la Razón ocuparon el lugar de Dios. Para Hegel el reino de la voluntad no estaba sujeto a la contingencia. La Razón gobernaba el mundo y la historia era un proceso racional. El espíritu y el curso de su desarrollo era la auténtica sustancia de la historia y la función de la naturaleza física estaba rotundamente subordinada a la función del espíritu. Hegel postulaba la existencia de una dicotomía en el seno del espíritu nacional, entre lo esencial y lo real o lo universal y lo particular. Era la relación dialéctica entre estos lo que impulsaba la historia hacia adelante y hacia arriba. Lo universal surgía de lo particular y lo determinado y de su negación.

Para Auguste Comte había una gran ley: todas y cada una de nuestras principales concepciones atravesaban tres estados teóricos distintos, el Teológico o ficticio, el Metafísico o abstracto y el Científico o positivo. John Stuart Mill reconocía que las causas generales contaban mucho, pero también los individuos producían grandes cambios en la historia.

Para el inglés Thomas B. Macaulay el presente es siempre el punto concluyente del relato elegido por el historiador.

Para Henry Thomas Buckle los hechos humanos en apariencia más irregulares y caprichosos respondían a leyes universales fijas. Hay una universalidad del orden, el método y la ley.

Leopold Von Ranke creía que la historia respondía a alguna índole de plan espiritual, con la

auto-realización del estado prusiano como objetivo final. Para Thomas Carlyle la historia universal era la historia de los grandes hombres. Para Traveyan el historiador podía generalizar y conjeturar en cuanto a la causa y el efecto, pero su primera obligación era contar la historia y el gobierno del azar resultaba incalculable. A. J. P. Taylor no cesó nunca de resaltar el papel del azar. Para Johan Gustav Droysen la filosofía de la historia consistía en establecer las leyes de la investigación y el conocimiento histórico y no las leyes de la historia objetiva. Wilhem Dilthey fundó la teoría de la relatividad de la historia y el principio de incertidumbre y le interesaba el papel de la voluntad individual, la responsabilidad, el genio, los movimientos y efectos de la voluntad humana y las peculiaridades personales. Friederich Meinecke profundizó el historicismo y distinguió varios niveles de causalidad, desde el mecanicista hasta los actos espontáneos de los hombres. Para R. G. Collinwood el pensamiento histórico es la forma en que el pensamiento presenta a sí mismo un mundo de hechos a medias confirmados. El historiador todo lo que puede hacer es reconstruir pensamientos anteriores, bajo la influencia de su propia e intransferible experiencia. La meta del historiador solo puede ser el conocimiento del presente y cómo llegó a ser lo que es. El presente es lo real, el pasado es lo necesario y el futuro lo posible. Toda la historia es un intento de entender el presente mediante la reconstrucción de sus condiciones determinantes.

Dos filósofos hablando de historiografía hicieron afirmaciones rotundas en este campo. Para Ludwig Wittgenstein la creencia en el nexo causal era superstición y Bertrand Russell decía que la ley de la causalidad era una reliquia de una era desaparecida.

Para el ya mencionado marxista inglés Edward H. Carr todo lo que existe tiene su causa o causas y no podría haber ocurrido de otra manera a menos que algún elemento de la causa o causas hubiera sido diferente. "Nada es inevitable en la historia, excepto en el sentido formal de que, para haber ocurrido de otra manera, las causas antecedentes tendrían que haber sido otras". El quehacer del historiador es simplemente "explicar lo que ocurrió y por qué ocurrió". El problema de la historia contemporánea "es que la gente recuerda el momento en que todas las opciones estaban abiertas y tiene dificultad para adoptar la actitud del historiador para el cual quedaron cerradas por el *fait accompli*". "¿Cómo podemos descubrir, pregunta, una secuencia coherente de causa y efecto en una porción de historia, cómo encontrar el sentido de la historia si existe el papel del accidente en la historia? Hay que clasificar las causas por orden de significación

histórica. Porque la historia es esencia.

Por su parte otro marxista británico, E. P. Thompson, estaba por un conocimiento de la racionalidad del proceso histórico, un conocimiento objetivo revelado con una evidencia determinada. La lógica histórica será un diálogo entre concepto y evidencia, un diálogo conducido mediante hipótesis sucesivas, por una parte, e investigación histórica, por otra".

Para Karl Popper los hechos o las tendencias estaban realmente causados por unas condiciones iniciales. No obstante, en la historia es posible una explicación causal que no dependa de afirmaciones generales o certidumbres deductivas.

Ya en la escuela de *Annales*, para Marc Bloch la historia debía convertirse en una amalgama de diferentes disciplinas científicas. Todo tenía alguna participación. También aseguraría que ya se enfrentara un fenómeno natural o un hecho social, el movimiento de las reacciones humanas no es como un reloj que avanza siempre en la misma dirección. Para Braudel la aspiración del historiador será siempre "aprehender el todo, el total de la vida social... aunando niveles diversos, espacios de tiempo, diferentes clases de tiempo, de estructura, coyunturas, acontecimientos. Para Braudel, la misión de la nueva historia de los *Annales* era relegar "el torrente vertiginoso, dramático, jadeante de la narración. El tiempo corto era simplemente el tiempo del periodista, caprichoso, engañoso. Al final, había que acudir al tiempo largo.

Para los posmodernistas la historia es una práctica interpretativa no una ciencia objetiva y neutral.

Un destacado historiador estadounidense, Paul Kennedy, establece una correlación significativa a largo plazo entre capacidades productivas y generadoras de rentas por una parte y potencia militar por otra. Es decir, la nación proyecta su poder militar según sus recursos económicos, pero el alto costo de la supremacía militar la precipita en la decadencia.

No me seducen ninguna de estas escuelas no marxistas. Creo que el marxismo bien interpretado está más vivo que nunca y tiene, a la hora de la interpretación histórica, tanta validez hoy como en el siglo XIX. Esto no quiere decir rechazar los aportes de los nuevos desarrollos o variantes,

como la historia de la ecología o la psicohistoria. Después de Annales no es posible encerrarse en estrechos caparazones. Tampoco resulta imposible ser veraz y, a la vez, emplear técnicas de la narrativa para lograr un relato más fluido, menos atragantable.

## Notas

1. Carlos Marx y Federico Engels: *Obras escogidas en dos tomos*, Editorial Progreso, Moscú, s/f, t. I, p. 231.
2. Nial Ferguson: *Historia virtual*. Editorial Taurus, Madrid, 1997, p. 16.a
3. Carlos Marx: Op. cit., p. 229.
4. Ibídem, t. II, p. 490.
5. Vladimir I. Lenin: *Obras completas*. 55 tomos, Editorial Progreso, Moscú, tomo 39, p. 16.
6. Nial Ferguson: Op. cit., p. 24.